



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 40.

JUEVES 11 DE DICIEMBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

EL PALACIO DE LAS TULLERÍAS, por Mariano Urrabieta.—UNA ESCURSION A LAS CORDILLERAS DE LOS ANDES. (Traduccion del alemán).—Los delfines. (Conclusion).—LAS GLORIAS DE ESPAÑA DESCRITAS POR LOS ESTRANJEROS, por Florencio Janer.—DE UNA COMEDIA INÉDITA, poesía, por M. Breton de los Herreros.—LA SEPULTURA, cuento alemán, por Grimm.—LA CAZA DEL LEON.—BALADA, por Julio Nombela.

EL PALACIO DE LAS TULLERÍAS.

El palacio de las Tullerías en París, se eleva sobre un terreno llamado en el siglo XIV la *Sablottière*, y en el siguiente las Tullerías (los tejares), porque habia existido allí anteriormente una fábrica de tejas. En 1563, Catalina de Médicis compró una casa que habia en aquel sitio, y mandó á Filiberto Delorme que construyera sobre su solar un palacio de recreo, que habia de tener sus correspondientes jardines. En julio de 1564 el ilustre arquitecto comenzó su obra.

El palacio que la reina habia mandado elevar consistia en un edificio con un pabellon en el centro y dos en las estremidades; las construcciones se componian de los bajos y un piso principal. El pabellon, en cuyo centro se practicó la escalera, estaba coronado con una media naranja, y el conjunto de la fachada tal como fue ejecutada por Delorme, constaba del pabellon central, de dos pórticos cubiertos de terrados con un piso en guardillas, y de dos cuerpos de habitacion con tres ventanas en cada piso, de dos distintos órdenes de arquitectura. Enrique IV añadió en la misma línea otros dos cuerpos con dos grandes pabellones, mientras se concluia la galería que reúne las Tullerías con el Louvre por el lado del Sena; pero estas construcciones no se terminaron hasta el tiempo de Luis XIII. De esta disposicion adoptada sucesivamente vino á resultar una línea de fachadas tan chocante, sobre todo en el ornato, que Luis XIV mandó regularizarlas y concluir el edificio, respetando en lo posible el plan primitivo de Delorme.

Resumiendo brevemente lo que corresponde á cada uno de los arquitectos que trabajaron en estas construcciones, diremos que el piso bajo del pabellon central es de Delorme; el piso superior con sus dos órdenes de arquitectura corintio y compuesto y la cúpula cuadrada que reemplazó la media naranja primitiva, son de Ducerceau; las dos galerías laterales, de Delorme tambien en el piso bajo, y el principal que reemplazó el de guardillas, de Ducerceau; los dos pabellones de estas galerías de Bullant, y finalmente los dos cuerpos de habitacion y los dos últimos pabellones de Flora y de Marsan que forman las esquinas á la calle de Rivoli y al muelle, de Ducerceau.

Los señores Levau y Dorbay, que fueron los arquitectos de Luis XIV, encontrándose con que al ornato ligero y delicado de Delorme habia añadido Ducerceau una disposicion de pilastras corintias de enormes proporciones que formaba el contraste mas desagradable, debieron concretarse á suprimir los detalles y los accesorios de peor gusto, pero sin lograr lo que deseaba Luis XIV, pues para esto habria sido preciso reconstruir enteramente la obra de Ducerceau ó la de Delorme.

Hasta la época del reinado de Luis Felipe, no se emprendió despues en Tullerías obra alguna notable. En 1832 se construyó un piso en galería sobre los terrados de los pórticos elevados por Delorme, y en 1836 se levantó otra galería en el otro terrado que habia quedado libre. Por último, en la actualidad se está llevando á cabo una obra mas considerable y mas urgente. La larga galería que se estiende sobre el muelle entre los dos palacios amenazaba ruina hacia tiempo por el lado del pabellon de Flora. Esta parte de la galería se halla hoy en demolicion, y las obras que se ejecutarán en su lugar son las siguientes:

Por la parte del muelle debe continuar desde el pabellon de Flora hasta el pabellon Lesdiguières, la disposicion de la galería terminada en tiempo de Enrique IV. La monotonía y fria

uniformidad de esta línea se interrumpirá por medio de pabellones salientes. Un pabellon central con una torrecilla formará una masa arquitectónica imponente, con un segundo pabellon al Oeste y un tercero al Este, que es el de Lesdiguières. En estos tres pabellones habrá entradas que facilitarán las comunicaciones entre la plaza y el muelle. Mas lejos se elevará otro pabellon, sin duda en frente del nuevo puente que se ha de construir sobre el Sena en reemplazo del puente Real, destinado á ser demolido, y esta disposicion general se reproducirá necesariamente sobre la fachada interior del patio del Carrousel. Tambien debe desaparecer el pabellon de Flora en el ángulo del palacio de Tullerías. Al reconstruirle se atenderán probablemente á la arquitectura de Filiberto Delorme.

Por último, una obra paralela á la que se emprende hoy sobre el muelle debe tener lugar mas adelante por la calle de Rivoli.

Estas obras, no obstante su importancia, no harán cambiar el aspecto general de las Tullerías magestuoso en su conjunto, pero extraño y falto de unidad en sus detalles.—El palacio tiene 300 metros de largo sobre 33 de profundidad, lo que acusa á primera vista una desproporcion evidente entre su fondo y su fachada.

La decoracion interior de Tullerías no presenta nada de extraordinario, lo cual tiene una esplicacion muy sencilla. Durante los dos primeros siglos el palacio apenas estuvo habitado mas que por intervalos por los soberanos franceses. Catalina de Médicis y sus hijos no vivieron jamás en Tullerías; para Enrique IV fueron una habitacion de paso; Luis XIII, mientras residia en París, preferia el Louvre, y en cuanto á Luis XIV, tampoco utilizó mucho este palacio. Luis XV no vivió en él sino durante su minoría, y Luis XVI no se fijó en esta residencia hasta el 5 octubre de 1789. En suma puede decirse que las Tullerías no vinieron á ser la morada ordinaria de los soberanos hasta que en

el año 1800 se instaló en ellas el primer cónsul Bonaparte á su vuelta de Egipto. Hé aquí por qué el palacio está muy lejos de poder rivalizar en magnificencia interior con los espléndidos sitios de Fontainebleau ó de Versalles.

Penetrando en Tullerías por el lado del patio se encuentran á la izquierda las puertas de los aposentos del piso bajo, ocupados ordinariamente por los príncipes de la familia real; á la derecha hay una *sala de guardias* y mas lejos una escalera que da á la *capilla*; por la misma parte se halla un salon consagrado á las reuniones del Consejo de Estado y detrás está el *Teatro*.

La capilla fue re taurada en tiempo de Napoleón I; la tribuna imperial está opuesta al altar, y el techo ofrece una pintura digna de mencionarse y que representa la entrada de Enrique IV en París.

El teatro es semicircular; en el centro está el palco del emperador con anfiteatros á los lados. Las otras localidades consisten en la platea y dos hileras de palcos, todo adornado lujosamente.

Todo el pabellon del Reloj está ocupado por un inmenso salon que se llama de los *Mariscales*, y que contiene los retratos de cuerpo entero de un crecido número de mariscales y muchos bustos de generales de fama. Siguen despues el *Salon de los Nobles* y el de la *Paz* adornado profusamente con jarrones, bustos, brónces de arte y una hermosa araña;—el salon del *Trono*, cubierto de ricas tapicerías de los Gobelinos y restaurado recientemente; el salon del *Consejo*, lleno de dorados y de adornos al gusto del tiempo de Luis XIV, donde se admiran dos enormes jarrones de porcelana de Sevres, y por último, la *galería de Diana*, que da al patio, con tapicerías y cuadros al óleo que representan episodios de la vida de Luis XIV y de la de Luis XVI.

Las habitaciones particulares ocupan el mismo sitio por el lado del jardín y constan de una antecala, un comedor, un gabinete particular del emperador, otro gabinete y un dormitorio. Entre las mejoras hechas hasta el día bajo el régimen actual, se debe citar la habitacion de la Emperatriz adornada artístamente por Mr. F. Besson.

La galería que de este palacio llega al del Louvre por el lado del Sena, está ocupada en los bajos por los *cuarteles* y en el piso principal por la coleccion de cuadros; en frente, sobre la calle de Rivoli, en la parte construida por Napoleon I está el *ministerio de Estado*.

Las Tullerías han sido teatro repetidas veces de escenas revolucionarias. El 10 de agosto de 1792 se presentaron delante de la morada de Luis XVI bandas de pueblo armado. La actitud de la guardia nacional que ocupaba el patio y el jardín era muy sospechosa. El rey, instado por todos los que le rodeaban, salió del palacio con su familia al caer la tarde y se dirigió á la Asamblea Legislativa que celebraba entonces sus sesiones en la sala del Manege, en el sitio que ocupa hoy la calle de Rivoli al Norte del jardín. El palacio quedó confiado á la guardia de los suizos y de algunos nobles; se rompieron las hostilidades, el pueblo tomó las Tullerías y de los suizos solos murieron 800 hombres. El rey pasó la noche en el Manege, donde mas tarde debia ser juzgado, y el 13 de agosto le llevaron con su familia á la cárcel del Temple, derruida en la actualidad.

El 10 de mayo de 1793 la Convencion dejó el Manege y se instaló en una sala de Tullerías, sobre el sitio que ocupa hoy el teatro y donde fue reemplazada en 1796 por el Consejo de los Ancianos.

El 29 de julio de 1830 el pueblo se posesionó tambien de Tullerías y Carlos X huyó á Saint-Cloud y á Rambouillet.

En 1848 Luis Felipe viendo que se acercaba el pueblo á Tullerías, salió con su familia sin hacer resistencia alguna, y en dos coches de alquiler, que le esperaban en la plaza de la Concordia, se marchó á Saint-Cloud para encaminarse luego al destierro.

Entre tanto el palacio fue tomado y devas-

tado completamente, salvo los aposentos de la duquesa de Orleans. Los muebles y los coches fueron quemados en el patio y el trono lo fue delante de la columna de Julio.

El *Jardin de Tullerías* cubre una superficie de unas 30 hectáreas y se plantó tal como se ve hoy en tiempo de Luis XIV, segun los dibujos del célebre Le Notre, para lo cual hubieron de destruir las disposiciones que le habian dado en los tiempos de Enrique IV y Luis XIII, cuando habia en él bosquecillos, tortuosas alamedas, un laberinto, una casa de fieras y un teatro.

Las principales divisiones del jardín actual son las que resultan de las tres grandes avenidas que arrancan del pabellon central y de los pabellones extremos del palacio; otras calles transversales y oblicuas completan la reparticion del terreno y le hacen accesible por do quiera á los paseantes. Los diversos compartimientos del parterre están ocupados por praderillas de menuda yerba, y rodeados de flores y de arbustos, con verjas de hierro que marcan sus límites. Tres estanques pequeños de forma circular adornan esta parte del jardín. Siguen despues los dos grandes plantíos de árboles iguales en estension y colocados simétricamente á derecha é izquierda de la avenida principal, á cuyo extremo hay un estanque mayor octógono con un alto surtidor; y cierra el jardín la verja de la plaza de la Concordia, donde desembocan los dos terrados principales, el del *Bord de l'eau* y el de los *Feuillants*, tambien plantados de árboles. Al fin del último acaban de poner un juego de pelota.

La entrada del jardín por el lado del rio está formada ahora por una bóveda practicada bajo el primero de estos dos terrados, en frente del puente de Solferino. Hasta hace poco tiempo se hallaba mas cerca del palacio, pero el ensanche que se ha dado á los jardines que tocan al edificio, y que son reservados mientras está la corte en París, hizo que se trasladara al punto que ocupa.

El jardín está adornado con un crecido número de hermosas estatuas, entre las cuales citaremos la del Hombre afilando su hacha, copia de la que existe en Florencia, vaciada en bronce por los hermanos Keller;—Fidias, por Pradier;—Guerrero de Maraton, por Cortot;—Boreas arrebatando á Ositea, por Regnaudin;—Temístocles, por Lemaire;—Espartaco, por Foyasier, copia en bronce del famoso Laocoon que existe en el Vaticano, y Caton, por Romand y Rude.—El jardín particular está adornado con copias en bronce de modelos antiguos: la Diana, el Apolo del Belvedere, la Venus de Médicis, etc.; entre los grupos principales citaremos los cuatro de mármol, cerca del estanque principal que representan el Tiber, el Ródano y el Saona, el Nilo, el Rhin y el Mosele. En la verja de la plaza de la Concordia hay dos caballos alados montados el uno por Mercurio y el otro por la Fama, obra de Coysevox.

El jardín de Tullerías es durante el verano un punto de reunion y de paseo muy á la moda.

MARIANO URRABIETA.

UNA ESCURSION A LAS CORDILLERAS DE LOS ANDES.

(TRADUCCION DEL ALEMAN.)

Por fin se dispuso todo lo necesario para la expedicion desde Santiago á las cordilleras. Por la amistosa bondad de un compañero alemán el Doctor F. que me recibió en su casa como un amigo antiguo, obtuve excelentes caballos y dos mulos dándome para que me acompañasen un cazador alemán al servicio en casa de F. y dos criados chilenos. Un día á principio de noviembre nos pusimos en marcha habiéndonos precedido por la mañana uno de los criados conocedor del camino con los machos cargados de provisiones é instrumentos y algunos caballos de reserva. Todos llevábamos ponchos y el cazador y yo íbamos armados con escopetas de dos cañones y cuchillos de monte; además iba-

mos provistos de estuches de herborizar y martillos mineralógicos mientras que el criado que nos acompañaba llevaba una gran bota llena de vino tinto de la Concepcion de un año, siendo escusado añadir que no nos faltaba á los tres el correspondiente lazo. De este modo y galopando sin cesar pronto nos vimos alejados cinco á seis horas de la ciudad. Los alrededores de Santiago se pueden llamar con efecto encantadores; la misma ciudad se va perdiendo gradualmente entre haciendas ó posesiones aisladas que alternan con pequeñas casas y cabañas. Árboles frutales de todas clases adornan las últimas, encontrándose frecuentemente grupos sumamente pintorescos de estas pequeñas viviendas medio ocultas entre magníficas higueras y rodeadas de albércigos y naranjos. Las llanuras de Santiago se hallan interrumpidas por una sola colina ó montaña muy rápida de 1,000 á 1,500 pies de altura de forma cónica y que se eleva de repente sobre la superficie plana, testimonio indudable de antiguos y poderosas formaciones volcánicas y magnífico hallazgo para el geognosta viajero que en sus masas de pórfidos y de piedras amigdaloides encuentra algunas formas particulares, pero que tambien está obligado á saludar como compatriota á algunas rocas indígenas. Este paisaje se halla animado por gente á caballo en asnos y mulas, pues en lo general se encuentran seguramente en Chile 20 ginetes por un peon: por todas partes se ven grandes reatas de mulas que llevan leña de los montes á la ciudad y asnos y caballos cargados de fresca yerba. Lo único que no presta mucho atractivo á este pintoresco cuadro son los cercados de los campos, compuestos de muros de arcilla de tres ó cuatro pies de ancho y de la altura casi de un hombre que se estienden tristes y monótonos á lo largo del camino, ofreciendo en realidad un aspecto sumamente pesado y desconsolador; pero el colosal y magnífico cuadro en que se encuentra el pintoresco paisaje de Santiago sobrepaja de la manera mas brillante esta pequeña falta. Aquí en primer término se nos presenta la cordillera de los Andes ó cordillera alta con sus cumbres cubiertas de nieve, sobre cuyo imponente aspecto se ha escrito y leído tanto, que parece superfluo repetir ahora una de tantas descripciones. Sin embargo puedo decir que todo el que por primera vez vea Santiago y las cordilleras, aun el mas acostumbrado á viajar, recibirá una impresion tan profunda que ningun otro viaje podrá borrar. Tal fue la que yo recibí cuando viniendo de Custodia del Prado me acerqué á Santiago. Las cumbres de los Andes se hallaban cubiertas de nubes tan perfectamente estrechadas, que á principio me pareció ver la verdadera cima de la montaña, pero de repente observé allá arriba entre la capa de nubes parduzcas un punto oscuro casi negro y era un pico de la montaña no cubierto de nieve, cuya aparente altura habia yo calculado en la mitad menos. Despues no han vuelto á causar los Andes tanta impresion en mí.

Al irnos acercando ya á la cordillera, séanos permitido echar una rápida ojeada sobre los pocos animales que encontramos á nuestro paso, aunque aquí en Santiago como en casi todos los puntos de Chile se puede decir en verdad que es muy escasa la Fauna al menos en relacion á la latitud. En las cercanías de la ciudad y casi hasta en el promontorio de la cordillera encontramos con frecuencia algunas aves de rapiña, entre las cuales notamos una pequeña águila parda *águila pezoporta*, tan poco tímida que permaneció tranquila en las tapias sin mirarnos apenas al pasar: Tambien vimos frecuentemente el hermoso estornino de pechuga roja, *sturnella militaris*, que parecen encontrarse por todas partes en Chile: Una clase tordo, *turdus curcus*, de un negro hermoso y brillante era ya mas rara. Algunos otros tordos de color poco notables y una especie de *minus* con una especie de pequeños pinzones fueron casi los únicos pájaros que encontramos en todo el día además de otros dos del tamaño de una codorniz el *ptecoptochos megapodius* y *ptecoptochos albicollis* ó sea el turco y el

tapaculo de los chilenos, pájaros que corren con una ligereza extraordinaria ya por el suelo ya de una zarzal á otro con la cola muy levantada y que sea dicho de paso tienen muy buen gusto al comer; de estos he encontrado en todos los puntos de Chile que he visitado. Algunos lagartos que se encuentran aquí y allí en las tapias y unos pocos insectos fueron todos los representantes del reino animal aquí, pues no habia huella alguna de los roedores que forman la parte principal de los mamíferos en Chile. Por lo demás no nos detuvimos en cazar ó coger algunos ejemplares de lo que llevamos mencionado, porque de casi todos tenia ya en Santiago y además deseábamos llegar á la tarde al pie de la cordillera. A eso de las cinco alcanzamos al criado que nos precedió, el buen José María y aunque siempre continuamos galopando, lo hacíamos de manera que José nos pudiera seguir con sus mulos. Hasta casi en la falda de la cordillera se ven diseminadas algunas haciendas y casas de campo; pero luego toma la comarca un carácter mas sombrío. Bañada la falda de la cordillera por el rio Mapocho, nuestra expedición fue mas accidentada é interesante mientras seguimos la orilla del rio. Poco antes de anoecer pasamos el primer vado sin novedad, pero habiendo oscurecido despues tuvo Carlos, el otro criado, que montar en un caballo blanco para que le pudiéramos ver mejor por el camino por donde nos guiaba. El rio corre aquí con mucha rapidez y aunque rara vez nos llegaba el agua á la rodilla tenían los caballos bastante que trabajar para detenerse y no perder el fondo, pero sabiendo yo ya por otras expediciones que los caballos chilenos se parecen á los gatos que siempre andan saltando y aunque tropiezen con frecuencia, casi nunca caen, iba yo en esta parte completamente tranquilo. Nuestro objeto era pernoctar en un pequeño establecimiento que hay cerca de la cordillera y en el que segun noticias fundian por medios poco usuales el mineral argentífero que cogian en las montañas, mas resultó que erramos el camino y mientras seguimos hacia tiempo la orilla izquierda del rio crecieron tanto las aguas de este que no se encontraba sitio alguno vadeable: no habíamos tenido en cuenta que la mayor parte de los rios procedentes de la gran cordillera crecen por la noche considerablemente á causa de la nieve que durante el día derrite el sol, así que nos hallábamos ahora en el mismo lado del rio en que estábamos hacia ya algunas horas, á pesar de haberle atravesado diez veces, teniendo la perspectiva de pasar la noche sobre los guijarros del Mapocho y acaso ser despertados por sus crecientes olas en nuestro sueño poco agradable. Al fin el cazador alemán que ya habia andado anteriormente por estos parajes se acordó de que no lejos del sitio en que nos hallábamos debía encontrarse un paso abierto y las chozas de algunos campesinos. En efecto continuando nuestro camino empezamos á notar que las pendientes de las montañas se iban allanando de modo que los caballos podian andar con mas facilidad y al poco tiempo sentimos el ladrado de los perros, siendo recibidos al acercarnos á las chozas por lo menos 20 alanos ladrando terriblemente pero que á la simple voz de «anda» se alejaron en seguida en su mayor parte. Luego que los hombres que nos salieron al encuentro y á quienes preguntamos si podíamos pernoctar allí nos hubieron contestado afirmativamente nos apeamos de los caballos que dejamos en libertad segun se acostumbra en Chile y nos arrimamos al fuego que alegremente ardia delante de la cabaña debajo de un cobertizo de ramas sostenido por columnas: una mujer anciana y cuatro ó cinco muchachas se hallaban acurrucadas al fuego, á su alrededor estaban los hombres y los niños y los perros andaban por los rincones de aquel pequeño pórtico formado de toscos troncos de árboles. Preguntamos si podíamos tener una ensalada de pollos y en un momento fueron muertos algunos de aquellos y preparados con una porción de huevos que de-pachamos perfectamente y rociamos con buen vino que hicimos traer de las

cercanías. Despues de fumar un cigarro y de tener un rato de conversacion con la familia nos fuimos á acostar en las camas que con pieles nos prepararon los criados: al aire libre apesar de la invitación que nuestros huéspedes nos hicieron de pasar la noche dentro de la casa y descansamos el poco tiempo que nos dejaron libres el enjambre de insectos de que por todas partes se ve uno acosado en estas comarcas.

Al rayar el dia y despues de tomar el café volvimos á montar á caballo y guiados por un hombre que nos enseñó un sitio mas vadeable del rio pasamos este, llegando al poco tiempo á un ancho valle en el que encontramos aun algunas casas aisladas. Atravesamos este valle y subimos á un monte que habia en frente, en el que se empezaban á mostrar en revuelta confusion trozos de roca, piedras amigdalóideas y pórfidos mezclados con grandes trozos y filones de granito y liénita, viéndose en el rio así como en las orillas y á bastante distancia de estas, grandes trozos de roca perfectamente redondos que probaban que algunas veces habian podido hincharse estos aluviones como ocurrió á fines de 1827 y principios de 1828 que estuvo Santiago cercado por las aguas á causa del desbordamiento del Mapocho.

El camino que ahora seguíamos era realmente muy hermoso pero escesivamente estrecho, á veces de un palmo de ancho, con una perspectiva magnífica pero terrible á un profundo precipicio. Algunas clases de laurus, de altura uno de mas de 25 pies, una especie de berberis pequeño y otros varios arbustos grandes y pequeños la mayor parte armados de puas formaban todo el arbolado de aquí, á escepcion de una calle de albérechigos que encontramos; pero pronto faltó toda vegetacion hallándose cubiertas aquellas rápidas pendientes tan solo de algunas pocas plantas provistas la mayor parte de puas, entre las cuales se veia el cactus chileno que algunas veces presenta allí una altura de 20 á 30 pies.—Parece increíble el servicio que prestan los caballos chilenos: saltando y trepando como gatos conducen el jinete por sitios que aun á pie habria que atravesar con precaucion: el sufrimiento de estos animales es igual á su seguridad pues andan de 15 á 20 horas de camino la mayor parte al galope sin tomar ningun pienso, lo cual es en ellos efecto de la costumbre, pero en cuanto á la seguridad tan notable en esta raza, tiene su origen en su mayor parte en la manera con que son criados. Cada propietario en las ciudades de Chile usa un caballo solo un mes y en seguida los envian al campo donde permanecen otro mes en completa libertad, buscándose ellos mismos el pasto y corriendo y trepando sin traba alguna y sin perder naturalmente el libre uso de sus miembros, de modo que no es la raza sino la educacion y el género de vida lo que vigoriza y hace ágil al hombre lo mismo que á los animales.

Pero volvamos á nuestra expedición. Despues de vencidas las dificultades que encontramos en el paso de este camino, llegamos por fin á otro mejor en el que al menos nos pudimos apartar de los caballos, permitiéndonos echar una ojeada mas circunstanciada sobre la parte geognóstica y sobre la Fauna. Rompimos y cogimos algunos trozos de piedras, de pórfidos y una sienita de grano menudito y reunimos algunos insectos: tambien encontramos algun ejemplar del *melyris trifasciata*, varias clases de *nyoletias*, una *cantharis*, una *proscopia* y una nueva especie de petral *tennirostris*. Despues de galopar algunas horas donde el camino lo permitia, hicimos alto á eso de la una de la tarde en un sitio apropiado, en el que dejamos pastar á los caballos y nosotros nos pusimos á tomar un refrigerio con las provisiones que llevábamos. Aquí ví algunas clases de tordos, una *fringilla* y un gran pico blanco y negro pero que no pude coger; de insectos apenas vi otros mas que los ya mencionados, con escepcion de algunos abejorros grandes, con la cabeza, el pecho y espinazo dorados y la parte inferior negra; sin embargo, debajo de algunas piedras que levantamos encontramos el escor-

pion chileno de todos tamaños y edades.

Luego de haber descansado cosa de hora y media seguimos adelante nuestro camino que durante algun tiempo conservó el mismo carácter que antes hemos descrito y despues de atravesar un pequeño rio y de andar aun algunas horas llegamos por fin al oscurecer á un desfiladero de un valle no muy grande en el que hicimos alto, estableciendo nuestro campo en un sitio de unos 50 pasos de ancho rodeado de laureles. En seguida reunimos leña y encendimos una hoguera alrededor de la cual colocamos unas pieles para acostarnos y como ya era tarde y estábamos bastante cansados no hicimos mas que tomar un poco de pan y carne salada cruda y nos quedamos profundamente dormidos. Al despertar vimos que el sitio que habíamos elegido para establecer nuestro campo era muy bueno: en efecto, el desfiladero atravesaba directamente de Norte á Sur y por ambos lados estaba cercado de rápidas pendientes, corriendo á poniente un arroyo de agua fresca que bajaba de la montaña, de modo que apenas teníamos que andar 15 pasos para coger la necesaria para beber y guisar: grandes piedras casi completamente redondas nos podian servir perfectamente de mesas, como así fue, destinando José María una de ellas para mesa de cocina, mientras yo tomaba otra para la preparacion de los objetos de historia natural. Este desfiladero declinaba al Sur y se subdividia en otros varios valles análogos en tanto que subiendo hacia Norte terminaba á unas tres horas de nuestro campo en masas de rocas cubiertas de nieve; por último en la parte superior é inferior del valle se encontraban pastos en abundancia para los caballos que pronto se fueron á pacer á mas de hora y media de nuestro campo.

No voy á describir circunstanciadamente mi estancia de cerca de tres semanas en la cordillera, sino que solo trato de bosquejar cuadros y sucesos particulares.

Todos los dias nos levantábamos muy temprano, tomábamos en seguida el café preparado por José María y yo subia entonces á la montaña ó seguia los desfiladeros para cazar, reunir insectos, plantas y piedras y principalmente para hacer observaciones. El cazador y yo seguíamos la mayor parte de las veces distintas direcciones acompañados alternativamente de uno de los criados, pero á veces íbamos tambien reunidos. Si no volvíamos demasiado tarde á nuestro campo emprendíamos el mismo dia la preparacion de las aves, pero si la caza era abundante dejábamos una parte para la mañana siguiente poniendo por la tarde al fuego las plantas que coleccionaba. El cazador y yo habíamos armado una especie de tienda, estendiendo en cuerdas un paño gordo en que habíamos traído una parte de nuestras provisiones; y aunque por delante y por detrás estaba abierta y era tan corta que nos salian los pies fuera, estábamos sin embargo algo resguardados por arriba del fuerte rocío de la noche: los criados dormian al fuego que nunca dejábamos apagar.

(Se continuará.)

LOS DELFINES.

(CONCLUSION.)

El agujero *esfeno-orbitario*; entre los dos esfenóides, hace tambien el oficio del agujero redondo. Hay despues otro agujero oval en el esfenóides posterior, y mas interiormente otro en el mismo hueso para dar paso á un vaso. Por una abertura que hay entre el temporal, el occipital lateral, el basilar y el esfenóides posterior, pasan los nervios del oído, para dirigirse al aparato petroso. Delante de ella y muy cerca está el agujero carotídeo. En el basilar y en una escotadura de los bordes del oído de esta bóveda de que acabamos de hablar, está el condiloideo, que es muy pequeño. El borde posterior de esta especie de bóveda ocupa el lugar de toda la apófisis mastóides. La cavidad cerebral es bien notable interiormente, en razon á que su

altura es mayor que su longitud; el suelo es muy compacto: la sillaturca se percibe pronto: las fosas cerebelosas son las mas huecas; con frecuencia se encuentra una tienda huesosa muy saliente en su centro; la hoz del cerebro es ósea en su parte posterior; no hay cresta de gallo y apenas se perciben algunos agujeros pequeños en la lámina cribosa. El aparato petroso y la caja, como ya hemos indicado, no se unen al cráneo por ninguna sutura, sino que solamente están suspendidos por unos ligamentos debajo de la especie de bóveda de que hemos hablado y se reúnen luego en un solo hueso. Los cóndilos occipitales son grandes, pero poco salientes. Es de notar que nunca se halla simetría completa en las cabezas de los delfines; las dos ventanas de la nariz, los dos huesos de la mi-ma y las partes adyacentes, no me han parecido nunca iguales como en los demás mamíferos, lo mismo que sucede en los cachalotes.»

Un delfino del género marsuino, cuya organizacion examinamos, nos presentó las particularidades siguientes: el tejido celular formaba una capa de una pulgada de grueso alrededor del animal, cuya longitud total era de ocho pies. Las carnes eran negras, y estaban bastante impregnadas de sangre. El estómago se componia de tres cavidades, de las cuales la primera era de forma ovoidea irregular y tapizada por una membrana mucosa muy blanca, pero guarnecida de muchos y considerables pliegues. La segunda cavidad estomacal comunicaba con la precedente por una abertura estrecha y redonda que estaba igualmente tapizada por una mucosa arrugada, pero de un color negruzco muy subido. El tercer estómago tenia ocho pulgadas de largo, y daba principio á los intestinos delgados, que estaban ta-



Guerrero peruano.

cuenta y seis pies de largo, y que se ensanchaba á medida que se acercaba al recto. El interior del estómago estaba lleno de restos de alimentos á medio descomponer, y que consistian todos ellos en pulpos y en peces voladores: habia además algunas lombrices fuertemente pegadas á las paredes. Los riñones se componian de lóbulos cuneiformes, flojamente reunidos entre sí y rodeados de una red membranosa. El corazon era voluminoso, los pilares de sus ventriculos muy resistentes. Los pulmones se componian únicamente de dos lóbulos voluminosos, de los cuales el derecho enviaba un débil repliegue hácia el izquierdo, y debajo de él estaba completamente oculto el corazon. El parénquima de estas vísceras era bastante compacto y de color rojo subido. Estas fueron las observaciones que se hicieron, y lo que resultará generalmente del exámen de otros individuos, salvo alguna diferencia producida por su edad respectiva.

Si de la organizacion interior pasamos á la superficie del cuerpo, echaremos de ver que la cubierta lustrosa que reviste sus contornos está igualmente estendida por todas partes, igualmente brillante, y que todo en ella ostenta el pulimento de los metales. Los colores propios de los delfines son generalmente el azul negro y sus tintas rebajadas, ó el blanco, cuya pureza y aspecto son análogos al brillo del raso y despiden la luz como la plata labrada y pulimentada. Esta suavidad parece que se mantiene por una capa aceitosa de naturaleza especial, que lubrica la epidermis y la hace impermeable á la accion continua del agua. Los delfines cuando mueren pierden tam-

pizados por una mucosa muy cargada de válvulas, cuyo conjunto formaba un tubo que se angostaba de trecho en trecho que tenia cin-

bien aquellos colores de terciopelo ó de plata que constituian su único adorno, y un amarillo aceitoso cada vez mas subido reemplaza-



Prision del inca Atahualpa.

za el brillo que se ha perdido para siempre. En las hembras de estos animales segun aseguran constantemente todos los autores, la gestacion es de diez meses, y la concepcion se verifica en el otoño; tambien se asegura que no tienen cada vez mas que uno ó dos hijuelos, y que la madre vigila con solicitud todos sus movimientos, los adiestra y acostumbra á la nata-

cion, protege su inesperienza y los guia hasta que ellos pueden gobernarse por sí solos. Echándose sobre el costado es como los delfines jóvenes se agarran al pezon de la teta de la madre, del cual sacan una leche untuosa de color azulado muy nutritiva. Se ha supuesto que estos cetáceos podian vivir de veinte á treinta años: ¿en qué observaciones se apoyaria esta aser-

cion? Por nuestra parte lo ignoramos completamente.

Parece cosa mas averiguada que los delfines eligen por teatro de sus amores ó para dar á luz sus hijuelos bahías aisladas y abrigadas de las olas de la alta mar, sitios en fin en que el agua está tranquila, la temperatura es mas conveniente para los recién nacidos, y en que



La vuelta del proscrito. (pág. 503 de este Semanario).

con mas facilidad se proporcionan los alimentos necesarios.

Las costumbres de los delfines no tienen nada de la suavidad y generosidad que se les supone: son los mas voraces, mas glotones y mas belicosos de todos los cetáceos. Casi siempre están reunidos en numerosas manadas, atraviesan grandes espacios de mar y persiguen á los pescados, entre los cuales esparcen la desolacion y la muerte. Con frecuencia avanzan tambien formados en línea y de frente, obstruyen la embocadura de algun rio, penetran por él y se apoderan al paso de los que bajan hacia el mar y que arrastran sus corrientes. La comida de estos cetáceos consiste principalmente en peces y en moluscos, y sobre todo en cefalópodos; hay algunas especies que atacan á la ballena con furor, y son sus mas encarnizados enemigos; otras se contentan con teropodes y a-cidias, y frecuentan los parajes en que se hallan aquellos animales pequeños, al mismo tiempo que las ballenas, que igualmente se alimentan de ellos; y por esta razon se les mira como sus precursores.

El número de delfines desconocidos debe ser

grandísimo. Los que se han descrito en estos últimos años, unidos á los cuatro ó cinco que figuran en nuestros antiguos tratados de historia natural, se reducen con corta diferencia á unas veinte especies ciertas; pero se sabe, no obstante, que cada una de ellas apenas se aparta de los parajes que les son propios, y que todas se diferencian segun los grados de latitud y los diferentes océanos en que se les halla. Asi es que el hemisferio austral posee especies diferentes y que no tiene el boreal, por lo cual los delfines del mar del Sur, no son los del Océano Atlántico ó del Mediterráneo. Ciertas especies viven esclusivamente en las aguas dulces de los rios, mientras que otras no se apartan de las orillas ó se mantienen en las aguas menos profundas de los estrechos; hay algunas, en fin, que no se hallan bien sino en los espacios mas aislados de los grandes océanos, distantes de las tierras y en altas latitudes.

Es muy raro que se encuentren en cuadrillas pequeñas; antes bien gustan de reunirse en gran número, jugar y retozar cuando el hambre no les aqueja, y entregarse á mil jue-

gos que consuelan al viajero del fastidio consiguiendo á las navegaciones largas. Los navegantes tienen diariamente á la vista numerosas cuadrillas de cetáceos, cuyos rápidos giros no permiten que se contemplen bien sus formas, y solo de un modo rápido se puede formar una idea de ellos. Con todo, seria muy interesante el estudiar este género, porque daria un gran número de individuos que describir, si obstáculos casi insuperables no se opusiesen á ello, pues durante mucho tiempo aun tendremos que limitarnos á cálculos. Escribiendo para los que nos seguirán un dia en estos espacios inmensos de mar, en que las tribus numerosas de los delfines andan errantes bajo las latitudes que les convienen, citaremos algunas observaciones que hemos hecho en esos dias tan largos en que el viajero, flotando entre el cielo y el agua, no tiene mas para recrearse, que un horizonte sin límites, donde algunas veces la vista de algunos seres viene á animar sus cansados momentos en estas vastas soledades.

Hemos dicho que los delfines no arrojan nunca el agua por sus espiráculos á cierta altura y que el líquido tragado corria solamente por los

bordes de aquellos conductos. Esto depende del espesor que tienen los planos musculares superiores del conducto huesoso; porque hemos examinado horas enteras especies de delfines jugando alrededor de nuestros barcos, sin que jamás hayamos visto salir la menor columna de vapor ó de agua de la abertura superior de la nariz. Sobre este punto citaremos el pasaje siguiente de los señores Quoy y Gaimard: «Todos los cetáceos no echan habitualmente el agua por sus narices. Muy rara vez se advierte que los delfines produzcan este efecto; íbamos á decir que jamás, porque no lo hemos observado en los millares de ellos que se han presentado á nuestra vista, pero Spallanzani lo ha observado muy de cerca, yendo de Lipari á Strómboli, y cuando un observador como el ilustre profesor de Pavía asegura un hecho, no es permitida la incredulidad. Estos animales nos suministrarán la objecion mas convincente é irrefragable que oponer á la opinion de Mr. Scoresby, porque sin duda alguna, si el caño visible estuviese compuesto simplemente de aire y moco condensado, los marsuinos que en nuestros mares salen con frecuencia á respirar á la superficie del mar, arrojarían este vapor bajo la forma análoga y proporcionada á su tamaño; pero nada de esto sucede: las personas que habitan las orillas del mar ó las embocaduras de los grandes rios, y que ven diariamente tropas de aquellos animales, pueden oír muy bien cuando están cerca, el ruido que hacen al respirar (roncar como un marsuino ha pasado á proverbio entre los marinos); pero jamás han observado que saliese vapor de su nariz; aun mas, en invierno, tiempo en que esta emision debe ser naturalmente sensible á la vista, no hemos podido distinguir cosa alguna que se le asemeje.

¿Y por qué, si fuera solo á la respiracion á la que este efecto debiera atribuirse, no lo habríamos observado en los delfines en los mismos parajes en que le veíamos en los cetáceos grandes? No se nos podría objetar la distancia á que estos delfines estaban de nosotros, porque era en la proa misma en donde los estábamos contemplando. El ruido que hacen cuando salen á respirar á la superficie del agua, tiene cierta semejanza con el de un cohete que se arroja, y jamás en estas circunstancias hemos visto el menor vestigio de vapor por encima de sus cabezas, ni el chorro de agua observado una vez por Spallanzani en el Mediterráneo, y por Mr. de Humboldt, con respecto á los marsuinos, en las aguas dulces del Orinoco, á mas de 300 leguas de su embocadura.

Es preciso convenir en que estos ágiles animales no están organizados para arrojar el agua por las vías de la respiracion con tanta frecuencia como los demás cetáceos. Estos chorros están por otra parte muy distantes de la idea que dan ciertos grabados; son únicamente unas pequeñas nubes de agua que caen en forma de lluvia fina, absolutamente como cuando se ha llenado uno á medias la boca con algun líquido, y envuelto en aire, se arroja con violencia.

Generalmente los delfines, cualquiera que sea su especie, parece que se complacen en rivalizar en ligereza, con cuantos buques encuentran, cuando un viento favorable los impele blandamente sobre la superficie del mar, y cuando la proa rompe las olas que se levantan espumosas y á veces centellantes, por efecto de la fosforescencia; sus veloces movimientos, sus saltos fuera de la mar, su modo de nadar hendiendo las aguas con la rapidez de una flecha, contribuye á formar de su existencia un cuadro á que no se ha mo trado indiferente aun el mas tosco marinero; despues de haber seguido al buque y de haber hecho mil evoluciones alrededor de él, es raro que no desaparezcan todos los delfines á un mismo tiempo tomando diferente direccion. Creen los marinos que son precursores del mal tiempo, y que tienen la costumbre de dirigirse al lado hácia que el viento sopla.

Agregaremos á estos detalles sobre los delfines, las observaciones que los señores Quoy y Gaimard han publicado en la parte zoológica

del viaje alrededor del mundo de la corbeta *Urania*; la amistad que nos une con estos dos viajeros nos impone la obligacion de conservar sus propias expresiones. Todo el mundo conoce la marcha de estos animales, cuando cazan en la embocadura de nuestros rios: van en compañía nadando muchos de frente ó por pares, los unos inmediatamente detrás de los otros. Pero lo mas digno de notarse, son las largas ondulaciones que describen, semejantes á las del mar que cesa de estar agitada, de manera que cuando la parte superior de su cuerpo aparece en la superficie, como no se descubre mas que una porcion de la curva que describe, parece verdaderamente que el animal, al sumergirse en el agua, gira sobre sí mismo como una rueda. Otra cosa sucede cuando, jugando alrededor de un buque que corre á toda vela, quieren adelantarse á él; entonces caminan en línea recta, y aun algunas veces dan saltos en el aire. En estas diferentes evoluciones ha observado Mr. Gaudichaud, que dos delfines, volviéndose de lado se pegaban por el vientre y nadaban así un corto rato. ¿Se unirían, ó lo que es mas probable, eran simples preludios de la union? esto es lo que no se puede determinar. Como en estos ejercicios se ven obligados á emplear muchas fuerzas y su sangre circula con mas celeridad, salen con frecuencia á respirar á la superficie de las aguas.

Cuando los delfines descubren un buque navegando por el Océano, casi se puede tener por cierto que acudirán á nadar un rato en torno de él, y que en seguida continuarán su viaje ó desaparecerán muy pronto si uno de sus compañeros herido tiñe el mar con su sangre; pero no es cierto, como se ha asegurado, que busquen la sombra de los buques para sustraerse de la acción de los rayos del sol, y que con esta mira acompañen las escuadras que producen entonces para ellos el efecto de un buque: verdaderos cuentos que en la actualidad no pueden ser admitidos por las severas observaciones que se han hecho; ocho veces á lo menos sobre diez, cuando se encuentran estos animales, el viento es fuerte, el cielo está cubierto de nubes, y casi siempre es por la mañana y por la tarde, y aun frecuentemente por la noche, cuando juguetean alrededor de los buques.

LAS GLORIAS DE ESPAÑA.

DESCRITAS POR LOS ESTRANJEROS.

No parezca burla el epígrafe de este artículo. Si ha habido algunos escritores que, como Dumas, han querido ridiculizarnos, en cambio otros han enaltecido nuestras cosas y han glorificado nuestros hechos. Así lo hizo Prescott, entre otros, al ocuparse del reinado de los Reyes Católicos, y al describir las conquistas de Méjico y del Perú, hechas por los españoles.

En esta última, por ejemplo, asegura que es indudable que las mas brillantes páginas de la historia en el Nuevo-Mundo son las que refieren las conquistas de Méjico y del Perú; de esos dos estados en que se combinaba la gran estension de territorio con una constitucion social muy adelantada, y con grandes progresos en las artes de la civilizacion. Tanto es lo que sobresalen en el gran cuadro de la historia, que el nombre de uno de ellos, á pesar del contraste que se nota en sus respectivas civilizaciones, recuerda naturalmente el del otro.

Pero si interesan sobremanera las descripciones que de la naturaleza y costumbres de los guerreros peruanos hace el autor extranjero de que nos ocupamos, mas interesa el retrato que nos presenta de Francisco Pizarro, su animosidad y grandeza de alma, su sagacidad nunca desmentida, y su maravillosa paciencia en soportar todo género de sufrimientos. Y esto que no faltaban ocasiones en que necesitaba de todo su valor y sangre fria al intentar la conquista del Perú, vasta é importante region del Nuevo-Mundo. Una vez, por ejemplo, al hallarse solo Pizarro con sus compañeros de glorias y fatigas, perdidos en medio de los bos-

ques, despues de dejar su buque en una playa, ya casi creían haber llegado para todos el último momento de su existencia. Nada mas desconsolador, dice Prescott que el aspecto del pais.

«Era bajo y pantanoso, lo mismo que el desembarcadero anterior; mientras que los espesísimos bosques, cuya profundidad no podía penetrar la vista, se estendian como una pantalla por la costa con una longitud al parecer interminable. En vano trataron los cansados españoles de recorrer los senderos de este complicado laberinto, en que las enredaderas y las lianas, que brotan con tal esplendor en una atmósfera cálida y húmeda, se habian enredado en los colosales troncos de los árboles, y habian formado un tejido que no se podía penetrar sino con el hacha. Entre tanta apenas cesaba de caer la lluvia, y el suelo cubierto de hojas y saturado de humedad, parecia ir resbalándose bajo sus pies.

Triste y desconsolador era el aspecto de estos bosques sombríos, en que las emanaciones de la sobrecargada superficie envenenaban el aire, y parecían no consentir el desarrollo de la existencia, exceptuando sin embargo la de los millones de insectos cuyas relucientes alas brillaban como chispas de fuego en todas las aberturas del bosque. Hasta la creacion bruta parecia haber huido de este punto fatal, en que los aventureros no vieron animales ni pájaros de ninguna clase. El silencio reinaba sin interrupcion en el corazon de estas tristes soledades; á lo menos el unico ruido que se escuchaba era el de la lluvia al caer sobre las hojas, y el de los pasos de los desconsolados aventureros.

Enteramente desanimados por el aspecto del pais, los españoles empezaron á comprender que no habian ganado nada con venir á tierra; y empezaron tambien á temer seriamente que se morirían de hambre en una region que no producía mas fruto que unas bayas desagradables que recogían algunas veces en el bosque. Quejábanse á voces de su suerte desgraciada, acusando á su comandante como autor de todas sus desdichas, porque los habia engañado prometiéndoles una tierra encantada, que parecia huir mas y mas á medida que adelantaban ellos. Inútil, era, decían, luchar contra el destino, y lo que mas convenia era tratar de volver á Panamá á tiempo para salvar la vida, en lugar de aguardar en aquel sitio á morir de hambre.

Pero Pizarro estaba dispuesto á combatir males y desgracias aun mayores que estas antes de volver á Panamá con su crédito arruinado, y para ser objeto de la burla general como visionario que habia incitado á otros á embarcarse en una empresa que él no habia tenido valor suficiente para llevar á cabo. La ocasion presente contenía su única esperanza. Volver era arruinarse para siempre. Empleó, pues, todos los argumentos que el amor propio herido y la avaricia le podían suministrar para disuadir á los suyos de su propósito; les hizo ver que estas eran las desgracias naturales que encontraba siempre el descubridor en su carrera, y les recordó las brillantes hazañas de sus compatriotas en otras regiones, y las noticias repetidas que ellos mismos habian recibido de los ricos paises de la costa de que les seria fácil apoderarse sin mas que un poco de constancia y de valor. Sin embargo, como sus necesidades eran urgentes, resolvió enviar el buque á la isla de las Perlas, para que trajese á su gente un nuevo surtido de provisiones con que pudiesen marchar adelante con nueva y mejor esperanza. La distancia no era muy grande, y pocos dias habian de bastar para sacarlos de su triste posicion. El oficial á quien se confió este servicio se llamaba Montenegro, el cual, llevándose cerca de la mitad de la gente, y despues de recibir las instrucciones de Pizarro, se hizo inmediatamente á la vela y se dirigió hácia la indicada isla.

En cuanto se fué el buque, Pizarro trató de examinar el pais y ver si podía encontrar alguna poblacion de indios en que pudiese procurarse provisiones para su gente. Pero sus es-

fuerzas fueron inútiles, porque no se descubrió el mas leve rastro de habitación humana; si bien con el denso é impenetrable follaje de las regiones ecuatoriales podían bastar algunas varas de distancia para ocultar una ciudad. Los únicos recursos para alimentarse que quedaban á los desdichados aventureros, eran recoger de cuando en cuando algunos mariscos en la costa, coger las hojas amargas del palmero, ó las yerbas malsanas y desagradables que crecían en el bosque. Algunas de estas eran tan venenosas, que los que las comían se hinchaban y sufrían los mas agudos dolores. Otros preferían el hambre á estos miserables alimentos, desfallecían con la debilidad y se morían de inercia. A pesar de todo esto su intrépido jefe se esforzaba por conservar su esperanza y por levantar los abatidos ánimos de sus compañeros. Partía francamente con ellos sus escasas provisiones, era incansable en sus esfuerzos para proporcionarles alimentos, cuidaba á los enfermos él mismo y mandó que se construyesen cuarteles para que estos á lo menos estuviesen al abrigo de las lluvias de la estación. Gracias á esta simpatía que manifestaba hacia sus compañeros, adquirió una influencia inmensa sobre ellos que el ejercicio de su autoridad no hubiera alcanzado nunca, á lo menos en estas apuradas circunstancias.

Día tras día y semana tras semana había pasado ya, y no se habían recibido noticias del buque que había de traer socorro á los aventureros. En vano extendían sus miradas por el vasto Océano en busca de sus amigos. Ni un punto se descubría en el horizonte de la azulada llanura, donde no se aventuraba la canoa del salvaje y donde aun no se había desplegado la blanca vela del europeo. Los que al principio habían resistido con valor á todas las contrariedades, se entregaban ahora á la desesperación al contemplarse abandonados por sus compatriotas en estas desiertas y tristes playas, y decaían á influjo de aquel doloroso sentimiento que oprime y seca el corazón. Mas de veinte de los que componían la pequeña partida habían muerto ya, y los que sobrevivían parecían próximos á seguirlos en rápida sucesión.

En esta crisis vinieron á decir á Pizarro haberse descubierto una luz al través de una remota abertura del bosque. Recibió esta noticia con alegría difícil de describir, puesto que le anunciaba la proximidad de alguna población; y colocándose al frente de una pequeña partida, se dirigió al punto indicado para reconocerlo. No fue chasqueado por cierto, porque después de salvar penosamente una espesa extensión de monte bajo y follaje, descubrió un desmonte en que estaba situado un pueblecillo de indios. Los tímidos habitantes al ver la repentina aparición de hombres tan extraños, abandonaron espantados sus chozas; y lanzándose á ellas los hambrientos españoles, se apoderaron con ansia de lo que contenían, que eran alimentos compuestos en su mayor parte de maíz y cocos. Este socorro, aunque pequeño, era demasiado oportuno para que no los llenase de gozo.

Y cuando describe Prescott las acciones de guerra, las intrigas de los compañeros de Pizarro, su viaje en una balsa á la isla de Puna, la prisión del Inca Atahualpa y su muerte, con cuantos episodios fueron hijos de una política mas ó menos acertada, casi siempre riñe el autor extranjero tributo á las grandes prendas de los españoles. Enumera sus defectos de que nadie se halla exento, pero canta sus glorias, y las glorias de un país cantadas por extranjeros, es la mejor prueba de que existen en la historia y de que en valde la envidia y la mala fe lograrán desposeernos de ellas.

Si después figuraron en los sucesos de la conquista del Perú, otros hombres, mas ó menos notables, si Blasco Núñez, Carbajal, Gonzalo, Pizarro y otros tuvieron un fin mas ó menos desgraciado, cúlpese á la ambición de muchos aventureros. Los desórdenes fueron de graves consecuencias. Prescott los enumera y describe, pero cuando la conquista quedó terminada y sofocadas las reyertas interiores,

termina entonces su historia que tanta nombradía da á los españoles del siglo XVI, como el viajero, dice, que habiendo recorrido largo tiempo horribles bosques y peligrosos desfiladeros, sale al fin á una hermosa llanura que presenta el risueño aspecto de la tranquilidad y de la paz.

FLORENCIO JANER.

DE UNA COMEDIA INÉDITA.

—Vencida al fin de sus ruegos
acepté la noble oferta
que al seno me devolvía,
en premio de mi paciencia,
de la humana sociedad,
tan justamente severa
con la mujer desdichada
que sus fueros atropella.
—Severa, sí, y aun cruel
con la que en llanto y pobreza
yace abismada; indulgente
por demás y placentera
con la que en trenes lujosos
laureado su vicio ostenta.
Si de tus gracias, como otras
hubieras hecho almoneda;
y la mercancía vil
con su pabellon cubriera
algun arrogante Crespo;
y con vistosas libreas
cien lacayos te sirviesen;
y á la insaciable caterva
de parásitos serviles,
hoy con opípara mesa
brindáras, con un gran baile
mañana en salas espléndidas,
modelo te llamarían
del donaire, archiprincesa
de la moda; y no esquiváran
los que á la fortuna incienso
á tu tocador visitas
ó á tu antesala tarjetas;
y cien lentes á la par
devoráran tu platea;
y á porfía cien jinetes
rodeáran tu carretela;
y nadie se cuidaría
de saber tu procedencia.

M. BRETON DE LOS HERREROS.

LA SEPULTURA.

Un labrador muy rico estaba un día á su puerta mirando sus campos y sus huertos; la llanura estaba cubierta por la cosecha, y los árboles se hallaban cargados de fruta. El trigo de los años anteriores llenaba de tal modo sus graneros, que las vigas del techo se doblaban con el peso. Sus establos estaban llenos de bueyes, de vacas y de caballos.

Entró en su cuarto y dirigió una mirada al cofre en que encerraba el dinero; mas mientras estaba absorto en la contemplación de estas riquezas, creyó oír en su interior una voz que le decía:—¿Has hecho feliz á pesar de todo tu oro á alguno de los que te rodeaban? ¿has aliviado la miseria de los pobres? ¿has repartido tu pan con los que tenían hambre? ¿has estado contento con lo que poseías y no has envidiado mas nunca?

Su corazón no vaciló en contestar:—Siempre he sido duro é inexorable; nunca he hecho nada por mis parientes ni por mis amigos. Siempre he pensado mas que en Dios en aumentar mis riquezas. Aun cuando hubiera poseído el mundo entero, no hubiese tenido bastante nunca.

Este pensamiento le atemorizó temblándole las rodillas de tal modo, que se vió obligado á sentarse. Al mismo tiempo llamaron á la puerta. Era uno de sus vecinos cargado de hijos á que no podía sustentar.—No ignoro, pensaba para sí, que mi vecino es mas desapiadado que rico, sin duda no hará caso de mí, pero mis hijos me piden pan, voy á hacer un esfuerzo.

En cuanto llegó á la presencia del rico, le habló de esta manera:—Bien sé que no os gus-

ta socorrer á nadie, pero me dirijo á vos en la última desesperación, como un hombre que estando próximo á ahogarse se agarra á la rama mas débil; mis hijos tienen hambre, prestadme un poco de trigo.

Un rayo de compasión penetró por primera vez en el hielo de este corazón avaro.—No te prestaré un poco, le respondió, te daré una fanega; pero con una condición.

—¿Cuál? preguntó el pobre.

—Que pasaras las tres primeras noches después de mi muerte velando sobre mi sepultura.

La proposición no agradó mucho al pobre; pero en la necesidad en que se encontraba, tuvo que pasar por todo. Se lo prometió solemnemente y se llevó el trigo á su casa.

Parecía que el labrador había adivinado el porvenir, pues á los tres días murió de repente, sin que lo sintiera nadie. En cuanto estuvo enterrado, se acordó el pobre de su promesa; hubiera querido verse dispensado de ella, pero se dijo á sí mismo:—Este hombre ha sido generoso conmigo, ha dado pan á mis hijos, y además le he dado mi palabra y debo cumplirla.—A la caída de la tarde fué al cementerio y se sentó encima de la sepultura. Todo estaba en silencio, la luna iluminaba los sepulcros, y de cuando en cuando volaba un buho, lanzando gritos fúnebres. A la salida del sol volvió á su casa sin haber corrido el menor peligro. Lo mismo sucedió á la noche siguiente.

La noche del tercer día sintió un secreto temor, como si fuese á pasar alguna cosa extraña. Al entrar en el cementerio distinguió á lo largo de la pared un hombre como de unos cuarenta años, de rostro moreno, y de ojos vivos y penetrantes, envuelto en una capa, bajo la cual solo se veían unas grandes botas de montar.—¿Qué buscáis aquí? le dijo el pobre, ¿no teméis miedo en este cementerio?

—Nada busco, contestó el otro, ¿y de qué he de tener miedo? Soy un pobre soldado licenciado y voy á pasar la noche aquí, porque no tengo otro asilo.

—Pues bien, le dijo el pobre, ya que no teméis miedo, me ayudareis á guardar esta sepultura.

—Con mucho gusto, respondió el soldado; mi oficio es hacer guardias. Quedémonos juntos y participaremos del bien ó el mal que se presente.

Los dos se sentaron encima de la sepultura.

Todo permaneció en silencio hasta acercarse la media noche. Entonces sonó un silbido agudo en el aire, y los dos guardias vieron en su presencia al diablo en persona.

—¡Fuera de aquí, canallas! les gritó; este muerto me pertenece y sino escapáis pronto, os retuerzo el pescuezo.

—Señor de la pluma roja, le contestó el soldado; no sois mi capitán, no tengo que recibir ninguna orden vuestra, y no os tengo miedo. Continúa vuestro camino, nosotros nos quedamos aquí.

El diablo pensó que con dinero lo conseguiría todo de estos dos miserables, y tomando un tono mas amable, les preguntó con la mayor familiaridad si consentirían en alejarse dándoles una bolsa llena de oro.

—Con mucho gusto, respondió el soldado, eso es hablar como hombres; pero una bolsa llena de oro no es suficiente, pues no dejaremos este lugar, sino nos llenais una de mis botas.

—No tengo una cantidad tan grande encima, dijo el diablo, pero voy á ir a buscarla. En la ciudad próxima vive un usurero amigo, que no vacilará en prestarme esa suma.

En cuanto partió el diablo se quitó el soldado la bota izquierda diciendo:—Vamos á jugarle una treta de campaña: compadre, dame tu navaja.—Cortó la suela de una bota y puso el cuero derecho encima de la yerba que era bastante alta, y le arrimó á un sepulcro que había allí cerca.

No esperaron mucho tiempo, pues á poco volvió el diablo con un saco pequeño lleno de



CARNICERO

La caza del leon.

oro en la mano.—Vacíadle, dijo el soldado, levantando un poco la bota, juro no será bastante.

El diablo vació el saco, pero el oro cayó en el suelo y la bota quedó como antes.—No te lo decía, imbécil, le gritó el soldado; vuelve á buscar y á traer mucho mas.

El diablo partió meneando la cabeza, y volvió al cabo de un rato con un saco mucho mayor debajo del brazo.—Eso ya vale algo mas, dijo el soldado, pero dudo que baste todavía para llenar la bota.

El oro cayó sonando, pero la bota quedó vacía. El diablo se aseguró por sí mismo, mirando con sus ojos de fuego.—¿Vaya unas botas que gastas? exclamó haciendo un gesto.

—¿Querrias, replicó el soldado, que llevara como tu un pie descalzo, desde cuando te has vuelto avaro? Vamos, ve á buscar otro saco ó sino ya estás demás aquí.

El diablo se alejó otra vez, pero estuvo mucho tiempo ausente, y cuando volvió por último, apenas podía llevar el enorme saco que traía sobre sus espaldas. Apresuróse á vaciarle en la bota que se llenó menos que nunca. Iba á arrancar encolerizado la bota de manos del soldado, cuando vino á iluminar el cielo el primer rayo del sol saliente. En el mismo instante desapareció lanzando un grito. La pobre alma se había salvado.

El labrador quería repartir el dinero, mas el soldado le dijo:—Da mi parte á los pobres. Voy á ir á tu casa, y con el resto viviremos juntos todo lo que Dios quiera.

GRIMM.

LA CAZA DEL LEON.

La superioridad de número y de industria que sirve al hombre para contrarestar la fuerza del leon, enerva tambien la osadía del mismo animal, porque esta cualidad, aunque natural, se exalta ó se templa en él, segun el uso feliz ó desgraciado que hace de su fuerza. En los vastos desiertos de Zara, en aquellos que parece separan dos castas de hombres muy dife-

rentes, los negros y los moros entre el Senegal y los confines de la Mauritania, en las tierras despobladas que están mas arriba del pais de los hotentotes, y generalmente en todas las partes meridionales de Africa y Asia, en que el hombre se ha desdenado de habitar, hay aun bastante número de leones que son tales cuales la naturaleza los ha producido, porque acostumbrados á medir sus fuerzas con todos los animales que encuentran, la costumbre de vencer los hace intrépidos y terribles. Como no conocen el poder del hombre, no le tienen ningun miedo; y no habiendo probado la fuerza de sus armas, como que las desprecian; las heridas los irritan, pero sin atemorizarlos; ni aun se acobardan á la vista de un gran número de gente, pues uno solo de estos leones del desierto acomete frecuentemente á toda una caravana; y cuando despues de un combate porfiado y violento, se siente débil, en vez de huir se retira peleando sin volver nunca la espalda. Al contrario, los leones que habitan en las cercanías de las ciudades ó en las aldeas de la India, y de Berbería, habiendo ya conocido al hombre y experimentado la fuerza de sus armas, han perdido su valor, hasta llegar á términos de obedecer su voz imperiosa, de no atreverse á acometerle, de no hacer presa sino en el ganado menor, y en fin, de huir dejándose perseguir de mujeres ó de muchachos, que á palos les hacen soltar la presa indignamente.

Sin embargo de ser este animal tan terrible, se le caza con perros de presa de mucho cuerpo, sostenidos por hombres á caballo, ahuyentándole y persiguiéndole; pero es necesario que los perros y aun los caballos estén acostumbrados de antemano á esta cacería, porque á casi todos los animales hace estremecer y huir el solo olor del leon. Son muchos los que perecen al fuego de una escopeta segura y certera, siendo conocidas las proezas del famoso Gerard, conocido por el cazador de leones. Su piel, aunque fuerte y compacta, no resiste á la bala, ni aun al venablo: no obstante, casi nunca se mata á un leon de un solo golpe, y lo comun es prenderle con industria, como lo practicamos con los lobos, haciéndole caer en un foso

profundo que se cubre con materias ligeras, y atando sobre este un animal vivo. El leon se pone manso luego que le han cogido, y si se aprovechan los primeros momentos de su sorpresa ó de su terror, se le puede atar, ponerle bozal y conducirlo donde se quiera.

BALADA.

La niña que jura
Su amor á un amante.
Y aunque él la abandone
No deja de amarle,
Y anhela su dicha
No es niña, es un ángel.

La niña que sirve
de apoyo á su padre
Que guia sus pasos,
Y endulza sus males;
Que vive contenta,
No es niña, es un ángel.

La niña que al pobre
Consuelos reparte,
Que vela al enfermo,
Que á todos bien hace,
Que llora si lloran,
No es niña, es un ángel.

La niña inocente
Que habita en el valle,
Y al pie de una losa
Que guarda á su madre,
Sus lágrimas vierte,
No es niña, es un ángel.

La niña á quien amo
De célica imagen,
De negros cabellos,
De lábios corales.
La de ojos de cielo,
No es niña, es un ángel.

JULIO NOMBELA.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.